MANUEL ARROYO-STEPHENS

DE DONDE VIENE EL VIENTO

TEXTOS INÉDITOS REUNIDOS

BARCELONA 2024 ACANTILADO

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2024 by Herederas de Manuel Arroyo-Stephens
© de la ilustración de la cubierta,
Jack Manning / The New York Times / Contacto
© de esta edición, 2024 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, la librería Green

ISBN: 978-84-19036-96-4
DEPÓSITO LEGAL: B. 6448-2024

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2024*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Mi madre es una trucha 7

Cuatro *Quijotes* 77

Un hombre de negocios 141

LAS CIUDADES 173

- Bermúdez en Oporto 175
- Verano en Berlín 205
- Ignacio el moribundo 215
- Un viajero 233

DESPERDICIOS 241

- Memorias de un conejo 243
- Carta a Julio 246
- Oropéndola 251
- Ocho cartas a Polífilo 254

«Mi madre es una trucha» no hubiera sido posible sin la estrecha y definitiva colaboración de Pilar Álvarez y María Casas.

MI MADRE ES UNA TRUCHA

A Pilar Álvarez.

Todo es ficción, un cuento chino. Un cuento checoslovaco, decía Jose Mari, el padre de mi primo Enrique, mientras encendía un Bisonte reseco liado con papel calizo, de tiempos pobres. Torcía la cara mi tío y cerraba un ojo para evitar el humo directo. Usaba mechero Ronson, el último grito del diseño en los sesenta. Lo acariciaba en la mano, como a uno de esos pajarillos que caen de los nidos en mayo y corretean con cara de locos, asustados, por el borde de los caminos para taparse en la hierba tierna, entre flores nuevas. El Ronson estaba de moda, era veloz e infalible, de gas. En España las modas duraban siglos. Los Zippo eran sexi. Se veían sólo a los soldados de Torrejón, como los Pall Mall largos, rojos, sin boquilla ni solución de continuidad. Los negros iban al Whisky Jazz, en la calle Villamagna. La estrella era Donna Hightower, que cantaba blues, y Pedro Iturralde al saxo. Han pasado cincuenta años y allí sigue tocando, con Tete Montoliu al piano, siempre la misma pieza. Se fumaba mucho, pero el tabaco no hacía daño como ahora, no daba tanto cáncer. Mi tío Jose Mari tenía estilo. Daba caladas largas, profundas, y retenía un instante el humo, para que le hiciese efecto, como los que fumaban porros, mirando al techo. Lo soltaba en tres o cuatro bocanadas, con aire pensativo, resignado y elegante. Sucede que de una persona a la que has tratado mucho te queda una imagen. Sólo una. La memoria es tramposa y poca cosa. De mi tío queda el pelo engominado y zaino pegado al cráneo, aguileña la nariz, los labios iguales, carnosos, besucones. Tenía su rostro un pun-

to italiano, de galán de la postguerra. Sobre todo, el timbre de voz, indescriptible, que sigo oyendo. Su risa, contagiosa, como interrumpida y tontorrona, se la provocaba él mismo cuando nos contaba un cuento checoslovaco. Cuando murió, la tía Lola no quiso vivir. Se encamó, no comía ni volvió a levantarse. Duró tres meses. Eso es amor, dijo uno en el entierro.

La tía Lola fumaba Player's. Los conseguía en la embajada inglesa. También los Abdulla, en cajetilla de lata, con un dibujo oriental de dos militares en la tapa, delante de las palmeras en Egipto. En el canal de Suez. Mi tío Federico había estado allí en la guerra. La mundial, se entiende. La memoria desdibuja los colores, le da a casi todo un tono neutro, pastel y gris. El rojo sobrevive. En los labios de mi tía Lola, por ejemplo. Nos llevó a los primos a ver una película de la coronación de Isabel II en la embajada. Impresionante la carroza, en blanco y negro. No lo podíamos contar en el colegio, era peligroso. La cosa está que arde, nos dijo Lola. La abuela Ketty ya nos lo había advertido. Que los españoles nos querían quitar Gibraltar. Los falangistas gritaban en las calles: ¡Gibraltar español! ¡Gibraltar español! ¡Gibraltar español! Tenían cara de pobres, como las patatas. Si se atreven, ya verás la paliza que les vamos a dar, me dijo la abuela. La Roca está toda hueca y llena de cañones. Ni Hitler se atrevió a atacar. Mi abuela Ketty veraneaba en la Roca y nos traía caramelos redondos y chicles Bazooka. Una vez nos compró mochilas de lona, color burdeos. La tía Lola tenía el labio superior fino y pequeño, el inferior carnoso, la nariz corta y fuerte, como los loros. Se los pintaba de color cereza, muy densos. En los cigarrillos marcaban un círculo espeso, muy sexi. Los apagaba aplastándolos con determinación, insistente y firme, con el dedo índice bajo una uña curvada y roja, muy fuerte. Parecía que iba a quemarse, pero no se inmutaba. En agosto iba a los

conciertos de la Plaza Porticada. En invierno, a las conferencias de la Fundación Juan March, el estraperlista. Era muy culta la tía Lola, se decía en la familia, porque el tío era de Santander y veraneaban en El Sardinero. Hablaba un poco amanerado, como si le costase pronunciar. Como si las palabras fueran de un uso común que a ella le desagradaba. Le divertían, sin embargo, las sardineras de Puertochico, su lenguaje expresivo y telegráfico, de rasgos fuertes, de sílabas duras y tremendas consonantes. Jose Mari era de una buena familia de Santander, un Pombo, y pescaba lubinas en el puerto de San Vicente de la Barquera. Se las llevaba a Lola como ofrenda de amor. En aquellos tiempos sí que eran salvajes las lubinas, y si podían te mordían. Las sacaba del cesto y saltaban, como si se hubieran hecho las dormidas. Hoy son de piscifactoría, como todo, y si las dejas crecer parecen tiburones.

La vida no tiene nombre, dijo mi primo Enrique cuando llamó la otra tarde. Ni madre, le dije. La Navidad es la hostia, continuó, a mí no deja de destantearme. Destanteado estás tú, le dije. Y cada año lo mismo, como una condena a ser niños toda la vida. No me dirás que no la vas a pasar con la tuya, sería desaprovecharla, me dice. Aunque jodida, ahí la tienes, como rosa de Casona, me anima. Por supuesto que sí, le digo; madre hay más de una. La madre patria, la puta madre, la que parió a mi hermano. El primo perdió padre y madre de una tacada por el mismo precio. Como si los hubiera perdido en una subasta. Con sus hermanos peleó por la herencia, y me llama a mí para lamentarse de lo que le asignaron. Le tocó un castillo, con foso sin agua. Un cascarón del XIV. Se sintió señor y se dispuso a arruinarse. Se compró una barquita con remos y se puso a dar vueltas a la torre. Mi primo es muy bruto. Se entrenaba, me dijo, para saquear Cádiz y beberse todas las bodegas de El Puerto de Santa María. Mi primo es un iluso,

no sabe que se las han bebido sus primos los Domecq, los Osborne y los Terry. Les ha llevado cuatrocientos años y la familia la devolvieron a Puertochico. Les llamaban Sándalos de Vuelta. Así son las historias de mi primo, que parecen todos tontos, no saben en qué siglo viven, ni en qué orden se suceden. Piensan que el XVIII, por tener tres palitos, va antes del XVII. Con el XIV se hacen un lío. Yo no sé por qué les han dejado volver, con lo bien que estaban en Uttoxeter, cerca de Middlesex, de donde mejor no hubieran salido. Mejor les hubiera ido con esclavos de Jamaica y en las West Indies. En mi familia no tuvimos esclavos. Es lo único que nos honra. Menudos son los ingleses con tal de no dar ni golpe. Se vinieron a España y como no había cacao exportaban hierro, que se parece un poco y engorda los bolsillos. Y a Biarritz a pasar con la Montijo los veranos muy fresquitos. Y yo aquí, con mi primo en el secarral castellano. ¡Cómo han caído los tiempos!

La mujer de mi primo, al ver lo que se venía, le pidió el divorcio, con renta fija hasta la muerte, y porque no pudo más. Se quedó con el piso de Bilbao, la muy sagaz, se lamenta el primo. La muy cochina alma tenía, y Enrique lo supo tarde, cuando le sacó la lana. Escribía versos por las noches, acostada. Menos mal que no he tenido hijos, sería el colmo, dice mi primo. Cuando habla se pone nervioso él también y se toca la nariz. Se la quiere estirar porque la tiene un poco rezongona, apuntando al techo. En España lo hacen muchos, tocarse la nariz les tranquiliza. Luego te dan la mano, para secarse el moquillo. Son muy limpios en España, pero muy contaminantes. El país está lleno de miasmas y de venéreas. Un primo como éste no se improvisa. Los otros han muerto o han desaparecido. ¿Cuál es la diferencia? Es lo mejor, de hecho, que desaparezcan. *Overseas*, como los ingleses. Con un primo se comparte la infancia, no se reparten herencias. Eso es mucha ventaja. Es una distan-

cia ideal para el parentesco, como con los abuelos, que en el mejor caso te dejan un reloj parado hace un siglo. Durante años me olvidé de mi primo. La vida está llena de cosas, de historias que se acaban. El día menos pensado tropiezo con él en la plaza de Tobalina y no lo reconozco. Lo bueno sucede el día menos pensado. Es lo único que tiene de bueno. Éramos los restos de dos familias, de dos hermanas que triunfaron en la década de los treinta. Fue un chollo aquella década. Hasta yo hubiera triunfado. ¿Te acuerdas, primo, de cuando éramos *first class*? Hoy me da vergüenza morir, porque voy a dejar mal a los amigos. Los hay que no tienen ni para coger el ascensor.

Mi madre y la de mi primo eran hermanas. Supongo que lo seguirán siendo. Cuando se veían hablaban sin parar, pero no se decían nada. Se llega a un momento en el que no pasa nada, uno vive de lo ya vivido, toma un té por la tarde que está lleno de tardes. Comer de lo ya comido, soñar con lo soñado y joder lo ya jodido serían otros adelantos. Cuanto todo estuviera exhausto el guardián abriría la puerta. Qué alivio, entrar como niños en el paraíso para empezar de nuevo. Las dos hermanas eran inglesas, fueron sensibles, se casaron mal. Quizá no, quizá el desastre fueron nuestras abuelas. Nunca es tarde para culpar a tu abuela. La mía murió en Arévalo, demente y sola. Por el asilo de Tobalina, donde reencontré a mi primo, pasaron mis amigos Rufino Bacalao, Hilario Vallefer, Dardi Lentejillas, Amadeo Somillera, Julio Palangana, Pepe Tirillas, Juanín el del páramo. Mi primo y yo disfrutamos de los setenta, la edad en que comienza la masacre. Tobalina es un desfile de cojos y mi primo Enrique, un dechado de dolencias, es de los que más se ha encogido. En Tobalina ves a gente que medía uno noventa hace diez años y se ha quedado en metro y medio. Es la vida, dice Enrique, mi primo. Será la muerte, digo yo. La gente encoge demasiado en el valle de Mena.

Los pobres encogen en todas partes, dice mi primo. Yo encogí cuando murió mi madre, de la pena que me dio, insiste con tristeza. Desde entonces ha empezado a celebrar su cumpleaños. ¡Eso es un hijo a toda madre!, le digo, y sonríe satisfecho. Es como un niño.

Los hombres son unos inútiles. Cumplidos los deberes biológicos, los más profundos, se hacen la merienda. A los que confunden el amor así les va. Lo malo de los hijos es que les llega pronto parecerse a sus padres. Ahí están perdidos. A llegar a necios aprendieron sus padres. A mi madre le nació un niño muerto el año en que cumplía treinta años. Lo había llevado un mes muerto en su vientre. Fue entonces cuando comenzó con la morfina. Se fue a la Casona de Mena para no ver a nadie. Ningún hombre iba a volver a tocarla. Pero necesitaba morfina. Cuando al cabo de diez años murió el médico de Mena, comenzó con los martinis.

Yo nací con la morfina y antes de los martinis. Mi padre había ido a ganarse la vida traficando maderas en Guinea, Ecuatorial por supuesto, una provincia muy española, aunque lejana. Dabas la vuelta por África y te la encontrabas de frente, quieta como una lenteja flotando en el agua quieta. Lo de las maderas no era una quimera, en aquellos tiempos no se robaba tanto como ahora y había que rascar en cualquier parte. Años más tarde estaba jugando con mis hermanos una mañana de agosto en el jardín de la Casona cuando cruzó la cancela un haiga color crema de un tamaño descomunal, con los asientos de cuero rojo y ventanillas automáticas. No sabíamos que existían y por supuesto no las habíamos visto antes. La mayor sorpresa fue su acompañante, un niño casi de mi edad, unos nueve años le calculé, mulato. Nos lo presentó como nuestro nuevo hermano y dijo que se llamaba Rafael. Aparte de su color, nos sorprendió su belleza, parecía un ángel o un muñeco. Nos miraba en silencio con unos ojos grandes y un poco atónitos, negros

como el carbón, en los que no se distinguía iris ni pupila, con los globos oculares muy blancos. No sabíamos ninguno cómo saludarlo y nos quedamos petrificados. Nuestro padre nos animó a que le diéramos un beso. Nos acercamos tímidamente a hacerlo, pero nuestro hermano no se movió ni hizo el menor gesto para corresponder. Permanecía inmóvil mientras los cuatro nos acercábamos, uno tras otro, en una ceremonia rígida y extraña, a besar la estatua de un santo. Mi padre desapareció unos instantes para subir a ver a mi madre en el cuarto de estar de la casa y nos dejó solos con nuestro nuevo hermano en el porche. Estuvimos sentados en silencio los cinco a la mesa hasta que al final de un tiempo que se nos hizo eterno volvió a aparecer nuestro padre para preguntarnos que cómo lo estábamos pasando. Bien, susurró Alberto, nuestro hermano mayor, mientras los demás seguíamos en estado de shock, concentrados en el nuevo hermano, que miraba inexpresivo hacia el jardín. Para romper el hielo, mi padre nos fue preguntando uno a uno que cómo nos iba en el colegio. Todos le contestamos lo mismo, copiándonos unos a otros como si lo hubiéramos ensayado. Que a mi padre le importábamos poco quedó claro cuando llegó a mí, que era el último. Se me quedó grabada su mirada, me pareció distinta de la que había dirigido a mis hermanos, más inquisitiva, más curiosa. Yo no hacía más que balbucear lo que habían dicho los mayores. Cuando acabó la ronda, como si hubiese pasado revista, nos aconsejó que estudiásemos más, nos dijo que pronto iba a volver a visitarnos y a pasar una tarde con nosotros para que le diésemos detalles de nuestros progresos en el colegio, para saber lo que queríamos estudiar cuando fuésemos a la universidad. No regresó hasta años después.

Mi primo no sabe nada de esto. Ignora que yo tengo un medio hermano guineano. Yo me desvío de la historia

cuando me apetece. Si quiero lo cuento y si no quiero, no lo cuento. Mi padre fue capitán del cuerpo de Intendencia. Lo echaron por corrupto y se puso a trabajar en el sindicato vertical del olivo. Hasta entonces sólo había visto olivas en platos de aperitivos. Empezó a comprar pisos, joyas, a llevar dinero a Suiza. Cuando lo descubrieron llegó a un acuerdo para evitar que el escándalo afectara a la Capitanía de Burgos y volvió a Valdenoceda, un pueblo a orillas del Ebro de donde nunca debería de haber salido, total, para robar mendrugos. Reconstruyó la torre de su familia y se dedicó a la jardinería. A eso llamaba cortar lo que crecía, árboles o flores. Su familia era originaria de la zona de Atapuerca, cuna de la nobleza burgalesa. Era tal su sadismo con las plantas que por la tarde regaba incansable, para que creciese lo que luego con saña cortaba. Es curioso que no fuese amigo de la caza, esa pasión de criminales. A mi padre las aves le eran indiferentes, ni las veía. Lo que ansiaba era usar la guadaña y las tijeras con hiedras, flores, hierbas, arbustos, con todo lo que naciese de la tierra. De haber matado a alguien lo hubiese hecho a mano, nunca con armas de fuego. En la huerta de la torre de Valdenoceda hubo un avellano que creció contra una tapia, como les gusta, recostados en la piedra. Tiraron la tapia y el avellano siguió creciendo hasta que se convirtió en un racimo de troncos gruesos, con una canopia inmensa en cuya sombra yo leía a todas horas, como si fuese mi cuarto. El avellano tiene hojas grandes, cálidas, espesas como terciopelo. Mi patria es la literatura rusa. Mi padre me miraba a hurtadillas, con esa mirada torva y esquiva de la envidia. Cuando llegué un verano, el último que iba a pasar en esa huerta, mi padre había cortado el avellano. Dijo que estaba enfermo, que las ratas se estaban comiendo sus raíces. Era mentira. Odiaba los árboles, la vida. La literatura rusa, demasiado viva, directa y brutal para él. Él era como el padre de

los Karamázov y a mí me miraba como a un nuevo Smerdiakov, el hijo turbio, ajeno y artero.

Llamó mi primo y fui a verle en su salsa, en su castillo. Vive a la espera de un príncipe de Java que le va a comprar el castillo. Tras heredarlo de su familia, se gastó el dinero que le quedaba en reconstruir el interior a su gusto. Estilo medievalón, lo llama. En el gran salón de la planta alta ha dejado a la vista una viga original de roble que se ha petrificado. Es buena idea porque allí podría colgarse el día que ya no quiera vivir, o cuando se canse de esperar al príncipe de Java. Como se le acabó el dinero, mi primo come latas de fabada y unas croquetas congeladas en el medievo. Un día me invitó a cenar y no pude dormir. Le echó la culpa a la ginebra. Después de recorrer concienzudamente las cuatro plantas del castillo, que en realidad es una torre del homenaje del siglo XIV, el príncipe le preguntó que por qué quería vender y mi primo le confesó que no tenía un duro. Eso no se debe decir a un cliente por muy admirado que le hayas dejado y muy de Java que sea, le dije a mi primo. Cuando quiera tu opinión te preguntaré, me dijo un poco ofendido. Además de zoquete, mi primo es quisquilloso. El príncipe de Java es dueño de un conglomerado que se llama Lyons of Asia. Tiene de todo: minas, barcos, líneas aéreas, una cadena de televisión y dos equipos de baloncesto. El príncipe de Java vive en Singapur y voló directo, con una secretaria que tenía veinte años y no dejaba de sonreír. Me enseñó una foto del príncipe junto al foso de la torre. Sonríe, tiene bigote y una de esas caras internacionales que podrían ser de cualquier sitio, igual de México que de Egipto, de Japón o Brasil. La abuela paterna de mi primo era polaca y también era princesa. Había tantos príncipes en Rusia y en Polonia hasta hace poco que si rebuscas en esos países entre tus antepasados siempre te topas con la realeza. En España pasa, pero hay que buscar más, y encuentras condes y marque-

ses. La nobleza, para quien se la trabaja, dice el marqués de Carraovejas. Pero la torre de mi primo es cosa seria. Desde ella los condestables de Castilla mantuvieron a raya a los bárbaros vascones, que tuvieron que invadir la Rioja y luego ir a pescar a Terranova. Mi primo ha tenido mala suerte en los negocios. Por eso ha acabado en vendetorres. Fue siempre un emprendedor visionario. Cuando apareció en España el pollo americano, mi primo montó en Málaga una fábrica que producía treinta mil pollos al mes. Les metía en la dieta tantos antibióticos que no cogían ni un catarro. Estaba haciendo mi primo una fortuna cuando el viento del destino entró por una ventana y una peste le mató cien mil pollos en una noche. Salió corriendo de Málaga porque lo querían empalar y se fue a Brasil. Allí no se sabe lo que hizo. Cuando regresó, fue con la patente de BioBrick, una fórmula mágica para fabricar ladrillos ecológicos. Llegó tarde al boom de la vivienda y vendió pocos ladrillos. La siguiente y última de sus aventuras empresariales fue una farmacéutica en Erandio. Estaban a punto de curar todos los virus cuando desapareció el gerente de la empresa. Salió en todos los periódicos. Como no aparezca el príncipe de Java, no sé qué va a ser de mi primo. Tiene buena mano para hacer amigos en la Guardia Civil. Y una querencia incomprensible, pero cierta. Hay algo en el tricornio y en el verde del uniforme que a mi primo le atrae tercamente. De hecho, el príncipe de Java llegó por un guardia civil del que se había hecho amigo en Málaga. Y los números del cuartel de Mena le llaman para decirle dónde colocan los radares móviles. Incluso le han hecho miembro de una especie de legión de honor: Amigos de la Guardia Civil. Mi primo sufre manías persecutorias y la amistad con la Benemérita le calma un poco. Cuando antes se iba un fin de semana daba aviso al cuartel para que le vigilasen el castillo. Sus cosas parecen absurdas, pero pasan en la tercera edad y en

los pueblos. A todos los paranoicos les gusta protegerse. En las ventanas y las troneras de la torre ha colocado aves rapaces disecadas. En las paredes cuelgan retratos decimonónicos de antepasados, muy serios. Los muebles son Biedermeier, de la época de nuestro bisabuelo, repujados y solemnes, algo góticos, como de Pugin. Mi primo es un romántico tardío. Sólo le falta colgarse de la viga. Lo que le ha quedado es la obsesión del pollo. ¿Sabes cuántos pollos hay en el mundo hoy, en este mismo momento?, pregunta con urgencia, como si no pudiera esperar hasta mañana la respuesta. ¡Veintisiete mil millones de pollos, cuatro veces más que seres humanos!, dice satisfecho. Comer pollo, según algunos médicos, da impotencia, le digo. Hace como si no me escuchase. No me escucha. ¿Sabes lo que pesaba un pollo en 1978? Un kilo y ochocientos gramos. ¿Sabes lo que pesa el mismo pollo en 2005? ¡Cuatro kilos doscientos gramos!, dice como si hubiese resuelto un acertijo. Es la carne del futuro, no cabe duda. Con eso se queda satisfecho. Kentucky es la tierra del pollo frito, le digo, pero ya no escucha. Lo que me gusta del pollo es el muslo, insisto. Pero ya no escucha. Debe de estar pensando en su príncipe de Java. El príncipe se llama William Marie Ogancanong Jong y es de religión cristiana. Mi primo dice que tiene pasta para parar un tren. Y porque es cristiano le preparó para el día de su visita al castillo un aperitivo a base de croquetas y trescientos gramos de jabugo. Cuando llegaron a la mesa, los dos pastores hambrientos que guardan la casa se habían comido el jabugo y habían dejado las croquetas. El príncipe le trajo de regalo una daga curva de Malasia, incrustada de zafiros, enfundada en perfumada madera, oriental, por supuesto. A mí me pareció de plástico. El sueño de mi primo es vender el castillo e irse a Benalmádena, donde está destinado su amigo, el guardia civil que lo protege. Benalmádena es un paraíso. Mi primo quiere comprar un pisito de

cien metros, mirando al mar. No sé de dónde le vino la idea de que quería vivir en una torre medieval lejos del mundo.

Si hay algo que me destantea es el Mediterráneo. Mi primo piensa en escaparse a Benalmádena y en su príncipe de Java. Como si los príncipes de Java no tuviesen otra cosa que hacer que comprarse castillos en España, en un valle donde no florece el limonero, precisamente. ¡Ay, vida, no me mereces! Por cierto, interrumpe el hilo de su alto pensamiento, que a ti te veo muy buena cara, no te habrás hecho un lifting, cabrón, ahora que hasta operan en Baracaldo. Que se operen los hombres en Baracaldo le parece a mi primo una marranada. En Baracaldo había altos hornos y hombres recios. Así son los de Neguri. Yo una vez fui a Cuenca, le digo. Fui a Cuenca porque mi novia era alemana y quería ver las casas colgadas, el museo abstracto, la biblia en verso. Mujer nerviosa, atenta, intuitiva. En un cruce se nos echó encima Antonio Pérez, el monstruo de Sigüenza. En París había saqueado la librería Maspero, donde era empleado. Robaba libros y de la caja, que tenía en un cajón en su mesa, en el sótano, en la rue Monsieur le Prince. Su secreto era la gerontofilia. Tenía un amor en Lyon, se llamaba Michelle, iba allí de visita cada quince días. Resultó ser un obrero cojo de la Renault, jubilado, con bigote a lo Brassens. Muy sexi lo encontraba Pérez. Revolvía en las basuras y se convirtió en un coleccionista *avant la lettre*. Vendió su colección a la diputación de Cuenca y lo nombraron director de un museo, hijo adoptivo, la leche. Me invitó a una cerveza, sentí su olor más nauseabundo de lo que recordaba. Olía como a Edad Media, a padres muy viejos. A mucha masturbación. Había nacido en Sigüenza. Mi novia me dijo: Si tú me has traído a España para ver a monstruos como éste, mañana regreso con mi madre. Su madre decía que yo era un canalla, un asaltacunas, un pícaro, un viejo verde.

Mi primo es un zoquete, pero no se lo digo. Yo sé que el

príncipe de Java no existe. Lleva siete años, por lo menos, anunciándose en verano y para fin de año, pero siempre da largas. Tenía una línea aérea de bajo coste, pero se le cayeron tres aviones y tuvo que cerrarla. Uno de los aviones iba lleno de soldados españoles y eso le dio muy mala fama, por lo menos en España. En aquellas partes, cuando no es un tsunami, es un volcán, o falta de tesorería. Mientras tanto, mi primo tapa vencimientos con préstamos nuevos y a ratos se queda sin liquidez para comprar tabaco. Mi temor es que un día se vaya a colgar de una viga que ha dejado vista en el gran salón de la chimenea. Es una viga gigantesca, de roble, del siglo XIV, que se ha petrificado. Una viga medieval y señorial, como nuestra familia por parte de padre. Por cierto, primo, si quieres te cuento la historia de mi amigo Víctor García. Ésta es nueva. Víctor es uno de los dos amigos que se han colgado en México. Por eso acabo de acordarme. El otro fue Juanito Cerezo, que se colgó en la casa de su madre. Iba de paso al DF y le gustaba dormir en su cuarto de niño, en la parte alta de la casa. Una viga vista, a dos metros del suelo, había señalado en su vida el camino hacia el futuro. Le fascinaban los ahorcados de las películas del oeste, y los linchamientos de negros en la Unión Americana. Desde adolescente soñaba con el morbo de dar un buen susto a su madre. Se bebió una botella de Johnnie Walker etiqueta negra, su whisky favorito. Cuando ya estaba muy borracho, vació un tubo de somníferos y los masticó con lo que quedaba en la botella. Tambaleándose, se subió a una banqueta que había colocado debajo del nudo, metió el cuello y se quedó colgando. La criada lo encontró cuando subió a decirle que su padrastro lo esperaba para desayunar. Con un cuchillo de cocina el padrastro cortó la soga y el cuerpo cayó encima de la criada. Tenía la lengua fuera, como si quisiera darle una lamiscada. Juanito había sido bien rijoso con los criados, lo sabían todos en la casa.